

## ¿A dónde va el amor?

Mary Helen Ponce

**E**s el "Día de los Enamorados." El amor está en el aire! Las flechas de Cupido y los corazones adornan las vitrinas; en la radio predominan las canciones de amor.

El tránsito es ligero. Estoy ansiosa por llegar a casa, donde espero encontrar rosas rojas y chocolates. En eso, veo una pareja joven en un carro Pinto. Han estado gritándose mutuamente desde la parada anterior, donde primero me fijé en ellos. En el asiento hay un pequeñito gritando; sus manitas baten el aire.

Cuando paro al lado de ellos, reconozco a los novios Celia y Mateo, mis ex-alumnos de la clase de literatura del año anterior en un colegio universitario local.

Celia era bella, su figura mostrada siempre en bonitos suéteres y pantalones Levis. Parecía modelo. Cuando entraba al aula, los jóvenes fijaban sus miradas. Todos los ojos estaban sobre ella cuando se paraba para sacarle punta a un lápiz.!!

Matt (como le decíamos) era alto, flaco, no soso, pero cerca. Lo único que le faltaba eran los lentes y la corbata. Se graduó en una escuela católica; no era parte de ningún grupo. Estudiante mediocre, parecía estar interesado en la literatura - y en Celia.

El romance empezó en la clase. Un día Matt se sentó en el asiento atrás de Celia. Sonrieron mutuamente. Para octubre, estaban agarrados de las manos, sin hacer caso de aquellos -la maestra y sus compañeros de clase- que los miraban con envidia. Para entonces, se sobreentendía que la última fila les pertenecía a los novios, que sólo tenían ojos para mirarse el uno al otro. Al terminar las clases, se besaban y abrazaban en el

estacionamiento hasta la siguiente clase. Olvídense de la literatura.

Para medianos de curso estaba claro que Matt y Celia estaban "juntos". En la biblioteca, con las cabezas obscuras cercanas, los novios compartían tinta de blanquear y los cuadernos de notas mientras estudiaban para los exámenes. Sus trabajos, aunque no exactamente iguales, indicaban que ellos estaban conectados al mismo circuito.

Para Thanksgiving (el día de Acción de Gracias), ellos llevaban abrigos idénticos, de los que se vendían en la tienda del colegio.

En el aula acercaban las sillas y sonreían mientras yo hablaba monótonamente sobre argumento y tema.

Ahora llegaban a la escuela en el carro de Matt, un Pinto, una reliquia del decenio de los 70, con un guardafango pintado de gris metálico. En un mar de pickups (el vehículo oficial de los chicanos el auto de Matt se destacaba como un pulgar dolorido.

Al comienzo del siguiente semestre, oí decir que Matt se había ido de la escuela para trabajar;

regresaría en otoño. En clase, Celia parecía distraída. Llevaba abrigos flojos, los Levis apretados dieron paso a pantalones que se estiraban. Con la excepción de las ojeras, ella parecía estar en buena salud. Y todavía bonita.

Durante las vacaciones de primavera en un McDonalds cerca del colegio me encontré con Celia en avanzado estado de embarazo. Ella fingió no verme. Por respeto -y porque simpatizo con los estudiantes- miré al otro lado.

Hoy, cuando vi a los novios en su auto junto al mío, ellos no estaban agarrados de las manos, ni sonriendo como dos personas que se aman. El le estaba gritando; ella estaba llorando. Y, como si tratara de ajustarse a su mundo nuevo y hostil, el bebé chillaba y aleteaba sus manitas al aire. Pronto pisé el acelerador y me adelanté.

Pobrecitos. ¿Qué, -me pregunté- había salido mal? ¿Dónde estaban las miradas amorosas, los besos robados? Cuando llegaran a casa ¿Le pegaría él a ella? Y después, ¿le pegaría ella al bebé?

¿A dónde -me pregunto- queda el amor?



Archivo fem